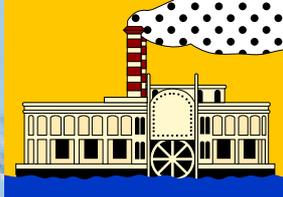


EL BARCO



DE VAPOR

Michael Ende

La Escuela de Magia y otros cuentos

Ilustraciones de Alfonso Ruano

sm

Primera edición: septiembre 1995
Quinta edición (primera en rústica): junio 2003

Colección dirigida por Marinella Terzi
Traducción del alemán: Miguel Azaola

Título original: *Die Zauberschule und andere Geschichte*
© K. Thienemanns Verlag in Stuttgart, Wien, 1994
© Ediciones SM, 1995, 2003
Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A modo de prólogo:
para ser exactos*

TODOS los miembros de nuestra familia, desde los más viejos hasta los más jóvenes, han tenido siempre la misma pequeña debilidad: leer. Ninguno de nosotros está dispuesto en absoluto a dejar a un lado su libro un solo momento para hacer algo urgente o inaplazable. Lo cual no quiere decir que eso urgente o inaplazable no vaya a hacerse. Lo que pasa es que nos parece del todo innecesario renunciar a la lectura por ese motivo. ¿O acaso no se puede hacer lo uno sin dejar de hacer lo otro? Admito que ello provoca de vez en cuando alguna pequeña contrariedad... Pero ¿qué puede importar?

El abuelo está sentado, pongamos por

caso, en un mullido sillón de orejas, fumando su pipa y con un libro en las manos. Está leyendo. Al cabo de un rato sacude la pipa en el cenicero que tiene delante, sobre la mesita. Bueno, para ser exactos no es realmente el cenicero, sino más bien un florero. Por el golpeteo, el abuelo se acuerda vagamente de que hace un buen rato que tenía que haberse tomado su medicina para la tos. Así que agarra el florero y se bebe todo lo que contiene. «Mmm, humm –gruñe–, el café parece hoy más cargado que de costumbre; lástima que esté frío.»

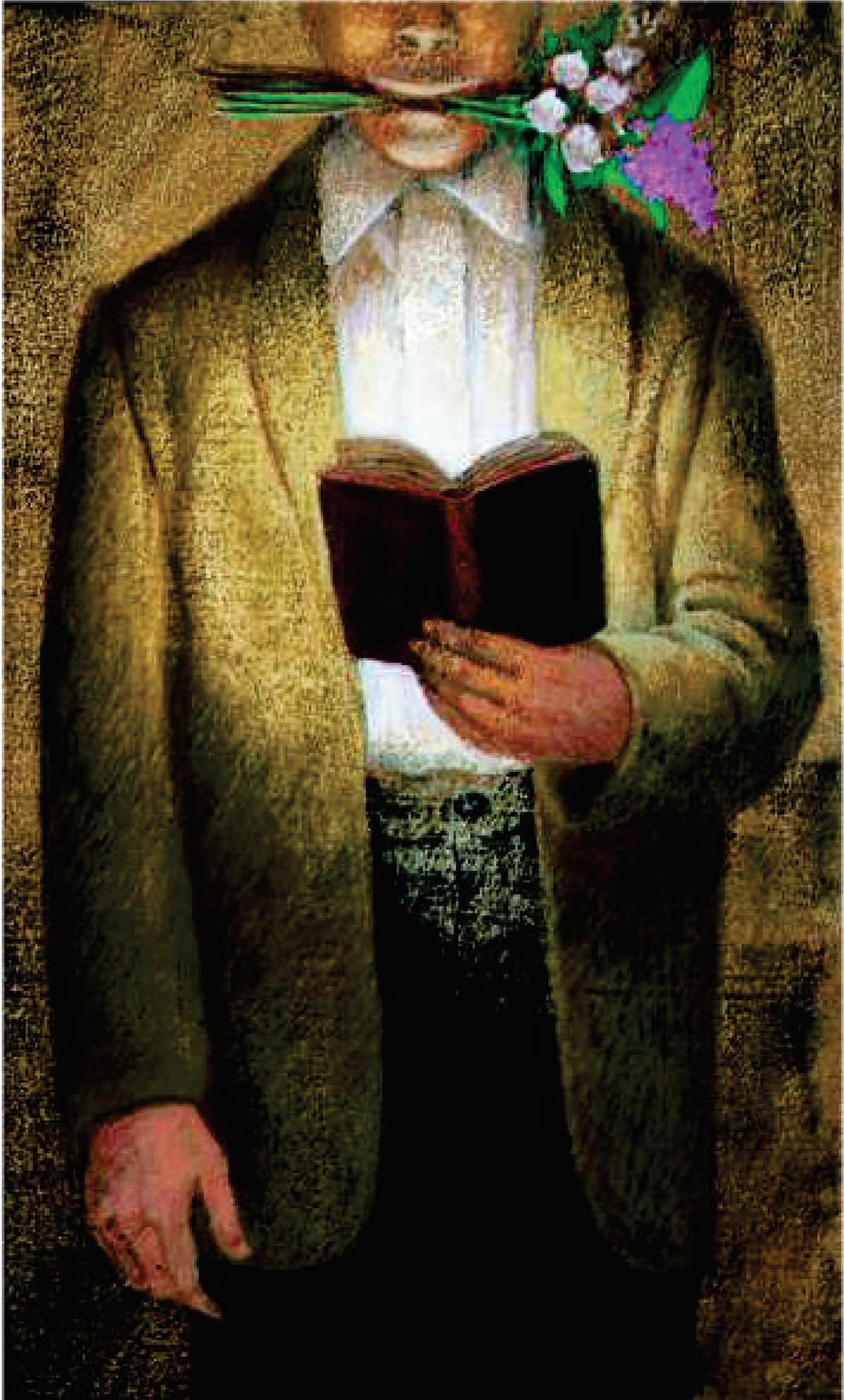
La abuela está sentada, pongamos por caso, en el sofá que hay en el otro extremo de la habitación. Tiene las gafas sobre la nariz y hace calceta entrechocando las agujas de labor. Sobre el regazo tiene un grueso libro que está leyendo. Teje y teje... ¿Qué puede estar tejiendo? Un calcetín, naturalmente. Bueno, para ser exactos no es realmente

un calcetín, sino más bien una especie de gigantesca serpiente de lana cuyos anillos cubren ya todo el suelo de la habitación. Mientras la abuela va pasando las hojas, dirige por encima de las gafas una rápida ojeada al monstruo y murmura: «Ya me parecía a mí que habíamos vuelto a tener fuego en casa. Pero los bomberos también podrían no dejarse la manguera tirada de cualquier manera, digo yo».

El padre es pintor retratista. Está, pongamos por caso, en su estudio, delante de un lienzo, pintando el retrato de una señora rica y distinguida. La señora está sentada ante él sobre una tarima, lleva en la cabeza un encantador sombrerito con flores y tiene su perrito sobre el regazo. El padre pinta con una mano y con la otra sostiene un libro que está leyendo. Cuando ya está listo el cuadro, la distinguida y rica señora se levanta y se acerca impaciente, dis-

puesta a admirar su retrato. Es un cuadro muy hermoso. Bueno, para ser exactos quizá resulte un poquito curioso que el padre haya pintado a la señora del sombrerito de flores con la cara del perrito, y al perrito del regazo con el rostro de la señora. Por eso la señora se marcha un tanto indignada sin comprar el retrato. «Pues vaya –dice el padre con tristeza–. Puede que no haya salido favorecida, la verdad..., pero se le parece mucho.»

La madre está, pongamos por caso, en la cocina preparando la comida. Afortunadamente, se ha olvidado de encender el quemador de gas que hay debajo de la cacerola, porque si no es muy posible que la comida estuviera a estas horas ligeramente carbonizada. Tiene en la mano un libro que está leyendo. En la otra mano blande una cuchara de cocina con la que revuelve y revuelve. Bueno, para ser exactos no se trata propiamente



de una cuchara de cocina, sino más bien de un termómetro. Al cabo de un rato se lo acerca al oído y dice meneando la cabeza: «Vuelve a atrasar una hora. Así no tendré nunca las cosas listas a tiempo».

La hermana mayor –ya tiene catorce años– está sentada, pongamos por caso, fuera, en el vestíbulo, junto al teléfono, y aprieta excitada el auricular contra su oído. Es cosa sabida que los teléfonos se han inventado especialmente para las hermanas de catorce años, ya que, sin el auricular en el oído, todas las hermanas de catorce años del mundo se morirían por falta de noticias lo mismo que un submarinista sin botellas de oxígeno se moriría por falta de aire. Pero nuestra hermana de catorce años, además, tiene en la mano un libro que está leyendo. A pesar de lo cual escucha perfectamente, faltaría más, todas las cosas emocionantes que su amiga tiene que contarle. Bue-

no, para ser exactos quizá no escuche tan perfectamente, porque la verdad es que no ha marcado ningún número. Y así, unas dos horas después, pregunta al fin, como de pasada: «Oye, ¿quién es ese Tutu del que me estás hablando sin parar?».

El hermano pequeño –tiene solo diez años– va, pongamos por caso, camino del colegio. Naturalmente, él también tiene un libro en la mano y lee, porque ¿qué otra cosa mejor puede hacer durante el largo trayecto en el tranvía? El tranvía se bambolea y traquetea, elevándose y descendiendo sin acabar de avanzar en ningún momento. Bueno, para ser exactos es que no se trata de un auténtico tranvía, sino del ascensor de nuestra casa, del que el hermano pequeño no se ha acordado de salir. Cuando, al cabo de varias horas, ve que todavía no ha llegado a la parada que hay delante del colegio, murmura preocupado: «Seguro que

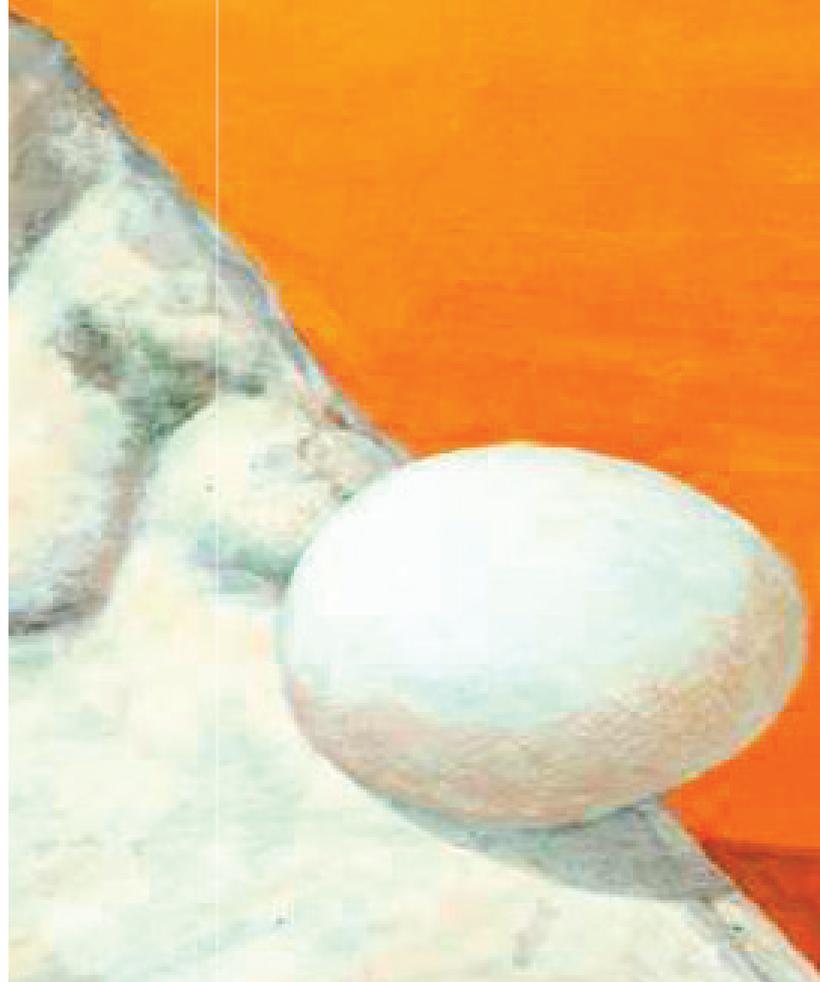
el profesor tampoco va a creerme hoy cuando le diga que si llego siempre tarde no es culpa mía».

El miembro más joven de nuestra familia, el bebé, está, pongamos por caso, tumbado en su capazo. Como es natural, en nuestra familia el bebé también lee. Igual que todos los demás, también él tiene un libro en la mano, solo que es más pequeño y pesa menos que los libros de los mayores porque es precisamente un libro para bebés. Con el otro brazo sujeta el biberón, pues su obligación, que él se toma muy en serio, consiste en alimentarse bien para hacerse grande y fuerte y poder leer pronto libros más grandes y pesados. Bueno, para ser exactos lo que sujeta con el brazo no es precisamente el biberón, sino más bien un tintero grande. Y no está bebiendo de él, sino que se echa de vez en cuando un chorrillo de su contenido por la cabeza. La cosa no le importa en absoluto hasta

que un espeso borrón de tinta le cae justo en la página que está leyendo, y entonces empieza a berrear bruscamente, gritando –y espero que nadie dude de que nuestro bebé lector también sabe hablar impecablemente–: «¡Que alguien encienda la luz, que se está haciendo muy oscuro!».

Nuestro gato, como la mayoría de los gatos, tiene la obligación de cazar ratones. Su profesión lo es todo para él, y por eso se pasa a menudo horas enteras sentado, pongamos por caso, delante del agujero que un ratón ha hecho en el fondo de la habitación a la izquierda, junto al armario ropero. Naturalmente, él también tiene un pequeño libro en sus zarpas, porque ¿a qué otra cosa mejor que a leer podría dedicar sus largas horas de acecho? (Y el que crea que un gato no es capaz de leer se sorprenderá al saber que este también sabe hablar.) Así es que está sentado, como he dicho, frente al





agujero. Bueno, para ser exactos no se trata del verdadero agujero de un ratón porque, mientras leía, los ratones lo han empujado, haciéndolo girar de modo que ahora está precisamente delante del enchufe. Al rato lo intenta agarrar metiendo las zarpas y le saltan chispas del rabo. «¡Miau! –maúlla asustado–. ¡Este libro está realmente cargado de tensión!»

Nuestra rana está, pongamos por caso, sentada dentro de su tarro. Tiene una función importante: subiendo o bajando por una pequeña escalera que hay dentro del recipiente, indica el tiempo que va a hacer. Cumple su misión con gran rigor científico siempre que no esté leyendo, ya que no es necesario explicar que, en nuestra casa, también la rana tiene un libro para ranas, resistente al agua y del tamaño de un sello de correos. (No voy a perder el tiempo diciendo que nuestra rana es capaz no ya de leer sino de

hablar.) Lo malo es que en realidad se pasa el tiempo leyendo, con lo que no dedica a su oficio principal la atención necesaria. Sin embargo hay momentos en que su mala conciencia la domina de repente y se acuerda de su obligación. Y entonces, para demostrar su buena voluntad, y mientras sigue sujetando el libro abierto con su mano húmeda, echa a correr a toda prisa escalera arriba. O bien desciende por ella con la misma rapidez y sin ningún sentido. Bueno, para ser exactos no la baja peldaño a peldaño, sino que da un paso en el vacío y cae dando tumbos estrepitosamente a lo largo de la escalera. «Si no me equivoco —croá entonces mientras se frota su espinilla verde—, el tiempo va a dar un bajón muy pronto.»

El único personaje de la familia que no lee es precisamente la polilla de la biblioteca, que vive, pongamos por caso, en el tomo octavo de la gran enciclope-



dia Espasa. No lee, no señor. Valora los libros exclusivamente desde el punto de vista de su comestibilidad. Por ello sus juicios al respecto sobre su «buen gusto» o su «mal gusto» tienen un valor muy limitado, y en la familia no la consideramos como un miembro de pleno derecho.

Quizá se pregunte alguien cuál es mi propia relación de parentesco con el resto de los miembros de la familia. Tengo que admitir que yo mismo no tengo las ideas muy claras al respecto. Bueno, para ser exactos no conozco a estas gentes en absoluto y –que quede entre nosotros– apenas creo que existan realmente. Es posible que toda la historia que acabo de contar haya salido como ha salido porque, mientras la estoy escribiendo, tengo delante un libro que estoy leyendo.

Y ahora solo me queda aconsejaros que hagáis vosotros lo mismo. Bueno,

para ser exactos ya lo estáis haciendo, porque de lo contrario no hubierais leído todo esto. Así que estaos quietos y dejad que yo también siga leyendo.

1 La Escuela de Magia

COMO estoy seguro de que mis jóvenes lectores están ardientemente interesados por todo lo que tiene algo que ver con la escuela –¿o no?–, voy a contar ahora cómo tienen lugar las clases en Desideria.

Desideria es ese país en el que, según dicen muchos cuentos y narraciones, «desear todavía sirve de algo». Por otra parte, tampoco es que esté terriblemente lejos de nuestro mundo corriente, como creen la mayoría de las personas, aunque es bastante difícil llegar a él. De hecho, uno puede entrar sólo si recibe una invitación personal, ya que los habitantes de Desideria están decididos a que no los invada el turismo masivo. Puede que esto le parezca lamentable a alguien,

pero en realidad es estupendo, como comprobarán pronto los que lean la presente historia.

La mayor parte de los magos de tiempos pasados proceden de este país. Hoy día prefieren quedarse en casa salvo muy raras excepciones. En realidad puede decirse que en Desideria todos pueden ser un poquito magos. Pero, para aprender a serlo profesionalmente y como es debido, hay que ir a una escuela.

Hace ya muchos años –más de los que lleváis en el mundo la mayor parte de vosotros– que uno de mis numerosos y largos viajes me llevó a este legendario país –como he dicho, con una invitación oficial, eso por descontado–. Con objeto de estudiar a fondo los usos y costumbres de sus habitantes, me quedé allí una temporada durante la que conocí a dos niños de los que me hice amigo. Eran gemelos: un chico llamado Mug y una chica que se llamaba Amalasintha,